

PREHISTORIA DE UN HOMBRE IMPORTANTE

«Si alguien preguntase por su vida y su obra a un centenar de españoles cultos, no sé cuántos darían respuesta satisfactoria; acaso pudiera contarse su número con los dedos de una mano. Y, sin embargo, tal vez el doctor Rubio haya sido el médico más importante de todo nuestro siglo XIX.» Tiene razón Pedro Laín Entralgo cuando habla así del **doctor Federico Rubio y Galí**, más conocido por su avenida madrileña que por su práctica hospitalaria.

Ciertamente, al menos fuera del ámbito médico, no se ha hecho mucho por remediar este desconocimiento. Si por ejemplo algún paseante de la avenida madrileña, deseoso de saber quién era el que le dio nombre, acude a la versión española de la «Gran Enciclopedia Larousse» no encontrará a Rubio por ninguna parte. Claro está que tampoco encontrará, pongamos por caso, a su compatriota Blas Infante, lo que puede servir de consuelo de tontos...

Un libro reciente («**Mis Maestros y mi Educación**», Editorial Tebas, colección «Recuerdos y memorias») viene a remediar esto. Su autor es el propio Federico Rubio, y en la obra narra sus años de escolar y estudiante, dejando aparte la que pudiéramos llamar vida pública, que es la que en su día le dio fama y sobresaltos. La vida pública de estas famas y sobresaltos la resume Laín en un par de páginas, y nosotros la resumimos aún más. Nacido en El Puerto de Santa María el año 1827, en 1850 ya es médico del Hospital Central de Sevilla y poco más tarde será un exiliado londinense por sus ideas republicanas y liberales. En Londres entra en contacto con un cirujano famoso —William Fergusson— y lo aprendido allí le servirá a su vuelta a España para colocar «nuestra cirugía en el nivel de la europea». Estas son algunas de las intervenciones —entonces casi desconocidas— que hará: ovariectomía, histerectomía, nefrectomía y laringectomía total. Organiza cursos de formación para médicos y creará el Instituto de Terapéutica Operatoria conocido como «Instituto Rubio». Mantiene a la vez su vocación política y será diputado en 1869 y embajador en Gran Bretaña en 1873. Murió en 1902.

Estas memorias juveniles del doctor Rubio tienen interés desde diversos puntos de vista. Y acaso uno de los más curiosos hoy sea el que les da su carácter de documento de una época y un país. Nacido en una familia perteneciente a la mesocracia ilustrada, esta clase social queda retratada en la obra, en la época del segundo cuarto del siglo XIX, vivida en Andalucía. En este sentido, Rubio es un costumbrista andaluz, como señala el doctor Luis Marco, que preparó la primera edición de este libro por encargo de la hija de Rubio. Y es una Andalucía dura la que nos presenta. Andalucía del analfabetismo. Rubio va a una escuela particular y escribe: «Por aquel entonces, en Andalucía era excepcional que las hubiese a cargo de los municipios». Una Andalucía que es a veces como romántica y de novela gótica, tal cuando Rubio cuenta la historia del tesoro de Pichardo o cuando

nos habla de los dos primeros homicidios de que fuera testigo. Ante el segundo de ellos (un tabernero montañés degollado tras su mostrador) comenta: «Así le vi, con su enorme papada, tan péndula como la de un cerdo y tajada con un boquerón que da espanto, boquete por el cual salía la sangre a borbotones, sin dar tiempo para que el herido llegase vivo a la esquina opuesta». Y añade luego: «¿Quién me hubiera dicho entonces que andando el tiempo nada hubiera sido tan fácil como detener aquella sangre y salvar al moribundo?».

Laín subraya la vocación pedagógica de Rubio. El propio título del libro es prueba de esa preocupación por la enseñanza. La frase final del mismo es casi un resumen de su filosofía educativa: «Se olvida que un verdadero sabio, sosteniendo y enseñando errores, enseña y hace discorrir y aprender más que cien necios enseñando lo verdadero». ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

EL «NOI DEL SUCRE», EN MADRID

Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», uno de los principales dirigentes de la Confederación Regional de Cataluña, asesinado por los pistoleros del Sindicato Libre en marzo de 1923, se llegó a convertir en una figura legendaria del anarcosindicalismo, símbolo de la lucha social y política de la clase obrera catalana.

La escasez de datos sobre su actividad durante los meses críticos próximos a la Conferencia de Zaragoza (junio del 22) y lo fragmentario de su producción teórica —Seguí era más orador y organizador que hombre de pluma, aunque escribiera en los periódicos de la época—, han dotado a su imagen de cierto carácter mítico y, por otra parte, han contribuido a suscitar la polémica en torno a su evolución ideológica.

Tras la aparición de varios libros sobre la vida y obra del «Noi» (el en-



Artículos madrileños
de Salvador Seguí
edición de Antonio Elorza



CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO

sayo biográfico de Manuel Cruells, el trabajo del periodista Josep M.^a Huertas, el libro colectivo «Salvador Seguí. Su vida y su obra»), la reconstrucción de su ideario todavía era incompleta.

Recientemente, el estudio realizado por el profesor **Antonio Elorza** (1) sobre **los artículos de Seguí publicados en la Prensa madrileña** —en «España Nueva» (1919-1920) y «Vida Nueva» (1922)— ha permitido aclarar uno de los aspectos más controvertidos del pensamiento de Seguí: su actitud con respecto al tema del catalanismo.

El contenido del discurso que pronunció el «Noi del Sucre» en la Casa del Pueblo de Madrid el 4 de octubre de 1919, íntegramente reproducido en las páginas de «España Nueva», periódico fundado por Rodrigo Soriano y portavoz oficioso de la Confederación, deja bien clara la postura que mantenía el líder sindicalista sobre este asunto. Contra los intentos del catalanismo de izquierdas de presentar a Seguí «como un defensor de la fusión entre obrerismo y reivindicaciones catalanistas», el texto del discurso citado es una prueba irrefutable de que éste «rechaza de plano juzgar la existencia de la cuestión catalana como un problema para la clase obrera». «Lo que no excluye, por supuesto —sigue Elorza—, su apoyo a ideas descentralizadoras y autonomistas».

(1) Elorza, Antonio: «Artículos madrileños de Salvador Seguí». Editorial Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1976.

Los rasgos de la disertación de la Casa del Pueblo, que destaca el análisis de Elorza, son: marginación del problema nacional por la clase obrera de Cataluña, «el único problema que pudiera haber en Cataluña está planteado por nosotros (...) pero no es un problema de Cataluña, es un problema universal»; la cuestión catalanista es propia de la ideología burguesa, concretamente de la burguesía organizada «bajo los auspicios de la Liga regionalista»; rechazo de la cuestión de las nacionalidades; y apoyo a la «descentralización administrativa que todos los hombres liberales del mundo aceptamos» y a la idea de «autonomía, que después de todo es aceptable».

A partir de los «artículos madrileños» de Seguí, contrastados con los que han aparecido en estudios anteriores, Elorza diseña las líneas maestras de su pensamiento: la concepción idealista de la Historia, que aproxima al «Noi» al liberalismo burgués y que le impide plantearse las relaciones de trabajo o la situación económica tal como «cabría esperar de un dirigente sindical»; su particular distinción entre lo que él llama «genio del anarquismo» y «el hombre práctico del sindicalismo»; y la preocupación que demuestra por la educación, entendida en un sentido amplio, como un proceso de preparación revolucionaria para la clase obrera. ■ **BEL CARRASCO.**

EL ESTADO FRANQUISTA

Basta dar un vistazo a cómo se está llevando a cabo el «paso a la democracia» en la España posfranquista para comprender ese realismo extremado —casi pesimismo— con que **Jorge de Esteban** y **Luis López Guerra** entrevén el porvenir de España. Pero su libro (1) es algo más que un vistazo. Es uno de los análisis más serios y acabados efectuados sobre esa peculiar, pero históricamente recurrente, **forma de Estado** que fue la **franquista**, y sobre su crisis a partir de los años 60.

Desgraciadamente el futuro democrático español está condicionado, o

(1) «La crisis del Estado franquista», Editorial Labor, Barcelona 1977. Colección Politeia, 236 págs.

más bien tarado, precisamente, por esa forma de Estado. De ahí que el futuro del país no dependa sólo de un cambio de régimen, de sustituciones institucionales, del paso del autoritarismo a la democracia, sino del **desmantelamiento** del poder estatal anterior.

Pero, ¿cómo era (y es) el Estado franquista; y por qué condiciona el futuro en tan gran medida? El Estado instaurado en 1939 es heredero de los Estados patrimoniales del pasado erigidos en beneficio de una oligarquía, pero con peculiaridades nacionales y circunstanciales. Es exclusivista (sólo los vencedores), se basa en la jefatura de un caudillo, el pluralismo socio-político es escaso, la ideología endeble, recogiendo elementos de la tradición más autoritaria y conservadora, tanto en lo político como en lo religioso, y aportaciones fascistas internas y extranjeras. El poder es fuerte, pero el Estado es débil, incapaz de canalizar los conflictos y superar las crisis. Y en esto se halla una de las raíces de su crisis. Económicamente, en un primer momento autarquía y estatalismo formal, para pasar luego a un intento de despegue industrial y desarrollo económico, dirigido por el tecnocratismo opusista, que «trasladó a la empresa pública los postulados operativos de las grandes empresas modernas capitalistas».

Sin embargo, los tecnócratas fomentarán la destrucción de las bases del Estado que defienden y que han heredado, lo que es un paso más en la

Jorge de Esteban y
Luis López Guerra

La crisis del Estado franquista

Las fuerzas dominantes -
El cambio en la sociedad
española - El enfrentamiento -
La ausencia de una integración regional - El deterioro de la convivencia -
La crisis global de una forma de Estado - Los condicionamientos cara al futuro -

POLITEIA